

EL MUNDO

Lunes, 20 de junio de 2005. Año XVII. Número: 5.669.

OPINION

TRIBUNA LIBRE

El porqué de la ambigüedad gallega

CARLOS LUIS RODRIGUEZ

Ya en las postrimerías de la campaña, el Partido Popular gallego recurrió a un spot de reminiscencias cinematográficas para estimular el voto. En una especie de aula universitaria, aparecía un docente de inequívoco aspecto progre dirigiéndose a sus alumnos. «A ver, ¿qué hizo esta gente por Galicia?». Una chica levanta tímidamente la mano y responde qué bueno, que las autovías y las carreteras no están mal. «Vale, pero aparte de eso, ¿qué?». Hay otro estudiante que apunta lo del turismo y otro más que habla de los puertos y otro de la educación. Harto de tantas respuestas, el profesor cierra el debate: «Pero además de la educación, los puertos, el turismo y las carreteras, ¿qué hizo esta gente por Galicia?».

Esta versión galaica de la famosa escena de La vida de Brian, resume bastante bien las fortalezas y carencias del fraguismo en esta campaña. Llegó con un buen balance, pero con un mal candidato. Buena parte de la sociedad gallega hubiera respondido lo mismo que los chavales del anuncio. Fraga es el artífice de un cambio espectacular en la sociedad gallega. A diferencia de lo que algunos vaticinaron cuando vino de vuelta a su tierra, malherido por tantas batallas perdidas en la política nacional, ni instauró en la autonomía un régimen autoritario ni sembró la sociedad de conflictos ni supuso un freno para la evolución social.

Hay una prueba de que las cosas fueron así. Ni el Partido Socialista ni el Bloque Nacionalista Galego basaron sus campañas en el pasado. Había como un respeto al legado de don Manuel. Ni Touriño ni Quintana asumieron el papel del profesor progre del publibreportaje del PP. El talón de Aquiles de la derecha no era el pasado, sino el futuro. No era lo que hizo Fraga en el pasado sino lo que ya no podía hacer en el futuro.

En realidad, asistimos a una campaña de sobreentendidos. El Partido Popular por un lado y la izquierda por el otro lanzaron dos mensajes cifrados con ese estilo oblicuo, indirecto y borroso tan típico del país.

Aunque el candidato fuese Fraga, se pedía el apoyo para una compleja operación en la que el presidente era una especie de lanzadera espacial para

poner en órbita a su sucesor en la próxima legislatura. El apoyo al PP requería por tanto creer en un futuro imperfecto y lleno de complementos circunstanciales.

El caso de la izquierda era similar. Socialistas y nacionalistas hablaban de un cambio que sólo era posible mediante un acuerdo o una coalición. Se pedía a ambos electorados que tuviesen fe en un matrimonio entre dos fuerzas que vienen manteniendo un noviazgo tan lleno de altibajos como los romances de los culebrones. Ni se sabía cómo iban a solventar Touriño y Quintana sus enormes diferencias ni qué fórmula mágica tenía Fraga para lograr en una nueva legislatura lo que no logró hacer en todas las anteriores.

En suma, la sociedad gallega se enfrentaba a dos incertidumbres. El indudable deseo de cambio, chocaba con la indefinición de la alternativa planteada por la izquierda. Las ganas de conservar el clima de convivencia, topaban con un candidato mayor, empeñado por si fuera poco en realizar una campaña salpicada de despropósitos y que chapoteó en todos los charcos posibles. Tras 15 años de fraguismo, Galicia se convierte en un país moderno, alejado de los tópicos ruralizantes y con unas clases urbanas llenas de dinamismo. Todo eso estaba pidiendo a gritos una renovación a fondo del Partido Popular, un liderazgo ilusionante en el Partido Socialista y un BNG alejado de tentaciones radicales. Y nada de eso se produce.

Fraga no es capaz de encauzar su sucesión y acaba confesando que vuelve a presentarse para preservar la unidad del partido. Emilio Pérez Touriño es un candidato pulcro y correcto, pero nada más. Anxo Quintana comparece tras deshacerse del histórico dirigente Beiras y demasiado hipotecado por el ala dura del nacionalismo.

El resultado sólo puede tener por tanto una interpretación ambigua. Refleja en efecto una tendencia al cambio, pero no tan contundente como algunos auguraban. A pesar de las crisis del Partido Popular, de su errática campaña y de un candidato que se enfrentaba a sí mismo, el fraguismo resiste y no pierde la esperanza de ser rescatado in extremis por el voto emigrante. Hay un cambio que no está del todo maduro. Galicia, aunque repita uno el manido tópico, se queda en el descansillo de la escalera.

Cualquiera de las hipótesis que se abren hasta que las sacas llegadas de la diáspora dicten su veredicto es inquietante. Supongamos que el PP alcanza el escaño número 38. Seguiría pendiente la asignatura sucesoria. Se habría demostrado que don Manuel está a punto de dejar en ridículo al Cid, pero seguiría siendo un enigma el cómo y el cuándo de la inevitable sucesión. Y desde luego el quién. Hasta el adivino Rappel acertaría pronosticando una crisis a la vista.

Supongamos que ni siquiera la galleguidad de ultramar hace sobrevivir al

actual presidente. En este caso estaría claro el quién porque los nacionalistas admiten a Touriño como presidente de la Xunta, pero las otras dos circunstancias quedarían en el aire. Las negociaciones de la pareja no serían fáciles y su futura vida en común podría estar plagada de sobresaltos o consistir en una mera cohabitación de dos gobiernos paralelos. Cualquiera vaticinaría entonces numerosas turbulencias.

Los gallegos han practicado el cambius interruptus. Quizá sea un método pasado de moda, pero se adapta a la idiosincrasia de la tierra y las ofertas que desfilaron por la pasarela. Por aquí la colección de un modisto que no ha sido capaz de renovar sus creaciones. Por allá, unos socios que se avergüenzan de serlo. En medio, un electorado que esperó en vano por unos líderes que estuvieran en sintonía con los cambios sociales.

No llegaron. Galicia respondió con su ambigüedad.

Carlos Ruiz Rodríguez es analista del periódico El Corrego Gallego.

© Mundinteractivos, S.A.